



Construcción y medio ambiente

Jorge Marsá

La preocupación por la arquitectura parece una constante en la sociedad lanzaroteña, en la que abundan las discusiones sobre la idoneidad de muchos de los edificios que se construyen en la Isla. No obstante, casi todas las intervenciones sobre este debate se limitan siempre a un ámbito que podemos llamar, quizá, estético. La mayor parte de los problemas que se detectan y, por tanto, se discuten pueden enmarcarse en tres apartados:

El primer lugar en las preocupaciones sobre la arquitectura lo ocupa la cuestión de la altura y la densidad de las edificaciones. Hemos asumido como parte fundamental del ‘modelo conejero’ el que las construcciones se levanten lo menos posible del suelo y que, cuanto más separadas estén unas de otras, mejor. Estos criterios promueven una forma de construir que devora el territorio insular, necesita de mayores infraestructuras, potencia la utilización del transporte motorizado privado y dificultan la convivencia ciudadana, al desperdigar a los vecinos. En una isla colmatada no podemos permitirnos que la casa terrera continúe siendo el modelo y el sueño de cada uno de nosotros. Lo que no creaba problemas en una sociedad con una baja densidad demográfica y una pobreza generalizada, se torna imposible al aumentar la población y convertirse en mayoritario el sector que ha tenido acceso a la riqueza.

El segundo apartado tiene que ver con la obsesión por la identidad que tiñe la mayor parte de las argumentaciones de muchas gentes

No podemos permitirnos que la casa terrera continúe siendo el modelo y el sueño de cada uno de nosotros

*La mala
arquitectura es
una realidad
generalizada en
Lanzarote*

de la Isla. La fidelidad de las nuevas construcciones a las formas de la arquitectura anterior, se convierte en un rasero fundamental para medir la conveniencia de los edificios recientes. En algunos momentos se llega a la exageración de proponer modelos constructivos tradicionales que definirían hasta el lugar y la forma de las ventanas de cualquier casa que fuera a levantarse. Evidentemente, esos modelos no tienen nada que ver con la austeridad de la arquitectura tradicional lanzaroteña. De hecho, no han servido más que para cosificar una construcción turística y residencial absolutamente estandarizada, carente de personalidad y, además, completamente alejada de los criterios tradicionales de construcción. Bien es cierto que si esta arquitectura no destaca por sus virtudes, tampoco sus defectos estéticos resultan tan llamativos.

Y el último de los motivos fundamentales de preocupación a los que me refería es la batalla por blanquear la Isla. Resulta obvio que éste es el menos preocupante de los problemas que se plantean, tanto si se está a favor de la generalización del blanco en la edificación lanzaroteña, como si no. Aunque sí puede decirse que esta medida contribuye notablemente a esa estandarización de la construcción en Lanzarote, que hace que muchos de nuestros visitantes no sepan distinguir entre los diferentes lugares o pueblos de la Isla por los que transitan.

Se habla menos, aunque en ocasiones se hace, de la calidad de la construcción, de la solidez de nuestras edificaciones. No se ha construido muy bien en Lanzarote durante las últimas dos décadas, pero se ha construido de pena en las dos explosiones de la construcción que han tenido lugar en cada uno de esos decenios. Es decir, nos encontramos en un momento en que la calidad de nuestra construcción es pésima. Ingenuamente, ya lo denunciaba el año pasado el Decano del Colegio de Arquitectos de Lanzarote, como si estos profesionales no tuvieran su cuota de responsabilidad en ese significativo descenso de la calidad constructiva, como si se pudiera achacar exclusivamente a las empresas constructoras. Al margen de las inevitables responsabilidades, lo cierto es que el vertiginoso ritmo al que se construye, y la urgencia por poner en explotación los dinerales invertidos, hace imposible construir con una mínima calidad. Dentro de pocos años seremos conscientes de la importancia de esta cuestión, cuando el parque alojativo comienza a mostrar la falta de profesionalidad con la que se edificó.

Pues bien, este conjunto de preocupaciones ha contribuido a alumbra una arquitectura que va desde esa estandarización carente de

personalidad, que inunda nuestras zonas turísticas y núcleos residenciales, hasta el generalizado horror que producen las construcciones que se han levantado en Arrecife en los últimos decenios. De hecho, las referencias a las excepciones, a los poco edificios con una cierta personalidad e interés, se repiten sin cesar: en el ámbito turístico, nada desde el Hotel Salinas; en Arrecife, la Escuela de Pesca; y por el resto del territorio, algunas de las intervenciones de César Manrique y... Y poco más. Que se puedan añadir a estos tres ejemplos otra media docena –que se puede–, en un territorio donde se ha construido en los últimos veinte años a un ritmo frenético, no evita que pueda afirmarse que la mala arquitectura es una realidad generalizada en Lanzarote.

Además, esto ha ocurrido, o se ha generalizado, en una época en la que la arquitectura, tanto la buena como la del espectáculo, se ha convertido en muchas ciudades españolas en un innegable foco de atención que, en bastantes ocasiones, se ha plasmado en obras públicas emblemáticas en muchas de las ciudades del país. En este sentido, resulta llamativo que no podamos hablar de ninguna obra pública con un mínimo interés en nuestra capital. La nueva sede del Cabildo de Lanzarote, una de las peores muestras de arquitectura que pueda uno imaginar, y el edificio del Ayuntamiento de Arrecife, un ejemplo de esa arquitectura sin personalidad y falsamente tradicionalista, ponen de relieve que la sensibilidad arquitectónica de esas corporaciones, y de quienes las han dirigido en estos años, no va a pasar, desde luego, a los libros de historia.

Ahora bien, una opinión como la expresada hasta ahora no se desmarca del tradicional cauce por el que transcurre aquí el debate sobre los edificios. Porque lo verdaderamente increíble es que, en una isla en la que encontramos el desarrollo sostenible hasta en la sopa, ni siquiera se mencionen las consecuencias ambientales de la construcción, ni se tengan en cuenta a la hora de diseñar y construir nuestras viviendas y los alojamientos para los turistas. Y el problema no es baladí. Sirvan un par de ejemplos para darnos cuenta de la magnitud del asunto en cuestión: el 40% del flujo total de materias primas de la economía mundial se destina a los edificios. Por lo que respecta a la energía, y si incluimos la utilizada en su construcción, los edificios consumen como mínimo el 40% de la energía mundial y, por lo tanto, son responsables de una cantidad parecida del conjunto de la contaminación.

Los datos anteriores muestran a las claras la necesidad de crear alternativas a los modos en los que construimos nuestros edificios.

El incremento de las instalaciones de aire acondicionado y de los radiadores que utilizamos en enero y febrero, revelan el fracaso de la arquitectura lanzaroteña

O lo que es lo mismo: la arquitectura bioclimática debe considerarse una necesidad imperiosa si queremos afrontar la crisis ecológica global y local que hemos contribuido a provocar.

En Lanzarote, los componentes bioclimáticos de la arquitectura están fuera hasta del debate. Si pensamos en el principal componente de la crisis ecológica, el energético, resulta inconcebible que, en un lugar con las temperaturas de las que presumimos, pueda llamarse “biohotel” a un edificio que necesita consumir energía fósil para calentarse o enfriarse. Qué pensaría el suizo Peter Zumthor, uno de los grandes arquitectos europeos, quien el verano pasado declaraba: “Me han pedido que construya un hotel en el desierto de Utah y yo odio el aire acondicionado. Así que me propongo hacerlo de forma que el edificio mantenga un ambiente frío sin necesidad de máquinas”. Esto, en las extremas condiciones del desierto de Utah. Mientras, en el suave clima lanzaroteño, el incremento de las instalaciones de aire acondicionado y de los radiadores que utilizamos a veces en enero y febrero para no pelarnos de frío en nuestras casas, revelan el fracaso de la arquitectura lanzaroteña.

Los más elementales criterios del diseño bioclimático, algunos de los cuales se pueden encontrar en la arquitectura tradicional, han sido completamente ignorados aquí. Ni siquiera algo tan sencillo, pero tan importante en este sentido, como la orientación de los edificios, es tenido en cuenta. Hablamos, resumiendo y simplificando, de la importancia de la fachada Sur: la que proporciona más calor en invierno y menos en verano, frente a las orientaciones Este u Oeste. Pero olvidamos igualmente otras cuestiones fundamentales: la masa y la inercia térmica de las viviendas –todos hemos experimentado cómo antiguas construcciones de gruesos muros se mantienen más frescas en verano y más cálidas en invierno que muchos edificios recientes–; la colocación y el tamaño de las ventanas; las protecciones contra el soleamiento; la necesidad de una correcta ventilación que pueda refrigerar el edificio, etc.

Esta ignorancia de los criterios bioclimáticos reduce, por supuesto, el confort de los lugares en los que vivimos o de los que vivimos. Pero los problemas van bastante más allá del confort: la salud se ve afectada por los edificios que habitamos. Las consecuencias del aire acondicionado comienzan a ser conocidas, pero no las de los múltiples compuestos orgánicos volátiles que se filtran procedentes de muchos materiales utilizados en la construcción: pegamentos para las moquetas, chapas marinas y aglomerados, pinturas, etc.

Es más conocida la defensa de la utilización de los materiales loca-

*No podemos
continuar
entendiendo el
planeamiento
como la mera
concreción de la
ampliación del
espacio
edificable*

les que suelen hacer quienes defienden la arquitectura bioclimática. Sin embargo, algunas formas de utilizar dichos materiales carecen de sentido. Por ejemplo, ¿lo tiene el hecho de que dediquemos buena parte de nuestra más llamativa piedra basáltica a cumplir cometidos meramente decorativos? Porque hasta los muros que separan los jardines de las zonas turísticas se construyen con bloques, que después se adornan con esa piedra negra tan demandada. Los recursos geológicos de esta Isla son importantes, pero es claro que debe abordarse con racionalidad la manera más eficiente de extraerlos y de utilizarlos. Conviene, por otra parte, alejarse de los criterios utilizados habitualmente por la industria de la construcción a la hora de decidir qué materiales resultan más adecuados. Algunos de los despreciados por esta industria continúan siendo de mayor utilidad que los más artificiales sustitutos utilizados. La tierra prensada, sin ir más lejos, es el material del que están hechos los edificios en los que vive cerca del 40% de la población mundial. Con él pueden construirse hasta cinco plantas en el Yemen, que aguantan muchos siglos con un mantenimiento adecuado.

Las escombreras que asoman por toda la Isla ponen de relieve la urgencia de abordar el reciclado y reutilización de las construcciones existentes. Y sobre todo, anuncian la necesidad de pensar mucho mejor cómo se diseñan y producen nuestros edificios, porque una de sus características básicas es su larga duración –quizá hoy no tanta como debiera–. Esta duración debería acrecentar los esfuerzos de los diseñadores por hacerlos más flexibles, más utilizables en circunstancias cambiantes. De otra forma, inflexibles y resistentes por fuera, flexibles y maleables por dentro.

Existen, desde luego, toda una serie de materiales o elementos constructivos que sólo pueden venir de fuera de la Isla. Pero también deberían analizarse las implicaciones ecológicas de su producción y su transporte. Entre estos elementos podemos destacar, a primera vista, el material utilizado en buena parte de la carpintería de nuestros edificios: el aluminio. Un producto que devora energía en su fabricación como ningún otro de los utilizados en la construcción, con la excepción de algunos plásticos.

Nos limitamos a trazar una mínima pincelada de por donde podría transcurrir el debate sobre la construcción en Lanzarote o, al menos, de aspectos claves que no pueden ser relegados por las cuestiones estéticas. Aspectos que afectan también al planeamiento urbanístico y que, en consecuencia, deberían formar parte de las normas urbanísticas municipales e insulares. Además, no podemos

Es importante que los profesionales del diseño y la construcción comiencen a preocuparse por sus edificios después de haber entregado la obra

continuar entendiendo el planeamiento como la mera concreción de la ampliación del espacio edificable, especialmente si pretendemos detener el crecimiento turístico en la Isla. Nos referíamos antes, por ejemplo, a un problema crucial para construir teniendo en cuenta, de verdad, la relación con el entorno y su conservación: el soleamiento. Pues bien, la clave de cómo incidirá el sol en nuestras construcciones hay que buscarla, en buena parte, en un estadio previo a su diseño: en el trazado urbanístico. Si en ese trazado no se ha tenido en cuenta la orientación más conveniente, resultará muy complicado resolver después el adecuado soleamiento del edificio.

No deberíamos terminar el esbozo de estas ideas elementales sin destacar la importancia de que los profesionales del diseño y la construcción comiencen a preocuparse por el funcionamiento de sus edificios después de haber entregado la obra. Las evaluaciones posteriores a la ocupación de los edificios –actividad hoy esporádica– deben generalizarse para que los implicados se sientan responsables de la duración de sus construcciones y del confort de quienes habitan en ellas.

La polémica fundamental no debe ser la que a veces tiene lugar en Lanzarote entre ‘modernos’ y ‘tradicionalistas’

El ambiente, nuestro entorno, y su crisis deben pasar al primer plano cuando abordamos las cuestiones que nos preocupan sobre la forma en que construimos y usamos nuestras edificaciones. La polémica fundamental no debe ser la que a veces tiene lugar en Lanzarote, entre ‘modernos’ y ‘tradicionalistas’. La crisis ecológica ha puesto de relieve el fracaso de la pretensión universalista del movimiento moderno, con sus maestros a la cabeza: Mies van der Rohe y Le Corbusier. Pero la más elemental racionalidad nos lleva a la conclusión de que pretender resolver los problemas de construcción de un mundo de 6.000 millones de personas con las viejas técnicas constructivas y sus diseños no deja de ser una absurda ingenuidad. Una arquitectura medioambientalmente responsable en nuestros días tendrá que responder al contexto actual, que es mucho más complejo que el de los constructores tradicionales.

Sólo pretendemos que estas líneas cumplan el papel de recordatorio de una cuestión a la que no se ha concedido la importancia que merece. Porque pensamos que es imprescindible resituar el debate sobre la arquitectura, para dar cabida a las cuestiones ambientales, si queremos paliar las consecuencias del insostenible desarrollo lanzaroteño.